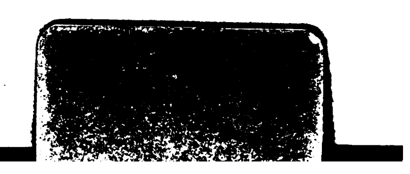



SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV-ANG.
CHRISTO ET ECCLESIAE



MARIO MUÑOZ-BUSTAMANTE

EL PANTANO

(SÁTIRA)

HABANA

IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
—AMARGURA 30
1905

EL PANTANO

MARIO MUÑOZ-BUSTAMANTE

EL PANTANO

(SÁTIRA)

HABANA

IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL

AMARGURA 30

1905

Al Sr. Antonio Herrera:

Llegue á Vd. en prueba de hondo cariño este fruto de mi humilde ingenio.

Es amargo, cruel y triste; pero es asimismo fuerte, sincero y honrado.

Al darle publicidad, sólo encuentro una conciencia más rebelde que la mía: la suya, querido Antonio.

Por eso se lo dedico espontánea y desinteresadamente.

Acójalo con el afecto que siempre me demostró en días para mí de inolvidable tortura, cuando yo comprendí toda la miseria de la vida y toda la grandeza de la amistad, sufriendo acerbas contradicciones, cuyo dolor supo Vd. aliviar á fuerza de noble altruismo.

El Autor.

DIANA

ESTE libro podrá ser juzgado como gusten la crítica y el público, pues su autor no ha de dar explicaciones á nadie, y mira desde ahora con desdén cuantas acusaciones calumniosas y cuantas diatribas imbéciles quieran dirigirle.

Conviéneme sí hacer constar dos cosas muy importantes.

Yo no soy de los desesperados que odian y se burlan por sistema. Gracias á una fe irreductible, que estriba en esperar mucho de las propias fuerzas, he conseguido hasta hoy elevar altivamente mis ideales, sin que el lodo del *pantano* los haya envilecido jamás. Amo á los hombres, rindo culto ferviente á la naturaleza y anhelo el triunfo absoluto del bien. Creo

que lo malo debe desaparecer, estirparse, demolerse. Ya en persecución de tan hermoso fin, nada me importan los medios. A mi entender, no estamos todavía en tiempo de construir el nuevo edificio social, sino de derruir el viejo, el averiado, el carcomido, bajo cuyos techos vivimos miserablemente. De ahí la exaltación de mis ideas, la ferocidad de mis ataques y la crudeza de mi estilo.

Aunque fustigo de duro á ciertas entidades de nuestra sociedad, nunca he pensado que toda Cuba se halle en degradación completa. Si de algo peca la gran mayoría de nuestro pueblo, peca de *infeliz*. Nos sobran hombres de honor, mujeres honradas, gente buena como quien dice. Pero hay un grupito que á fuerza de audacia ha logrado casi imponerse y desea dominar. Para conseguirlo, cuenta con la indiferencia, con la tolerancia, con la *infelicidad* de la masa fuerte, noblota y tranquila, la cual, entretenida en su pura labor de trabajo, le permite que en-

venene sus puras costumbres, que infecte su sangre generosa y que vaya menguándole el porvenir.

Ganoso de denunciar el peligro grave que nos amenaza, he escrito esta obrilla á trazos brutales, como quien grita con toda la energía de sus pulmones para despertar á los durmientes cuando se inicia una catástrofe.

Paréceme que he puesto el dedo en la llaga al criticar nuestro delirio de exhibición.

¿Por qué ese *jaquetear*, ese *politiquear* y ese *conquistar*?

Pues por un prurito de vanidad.

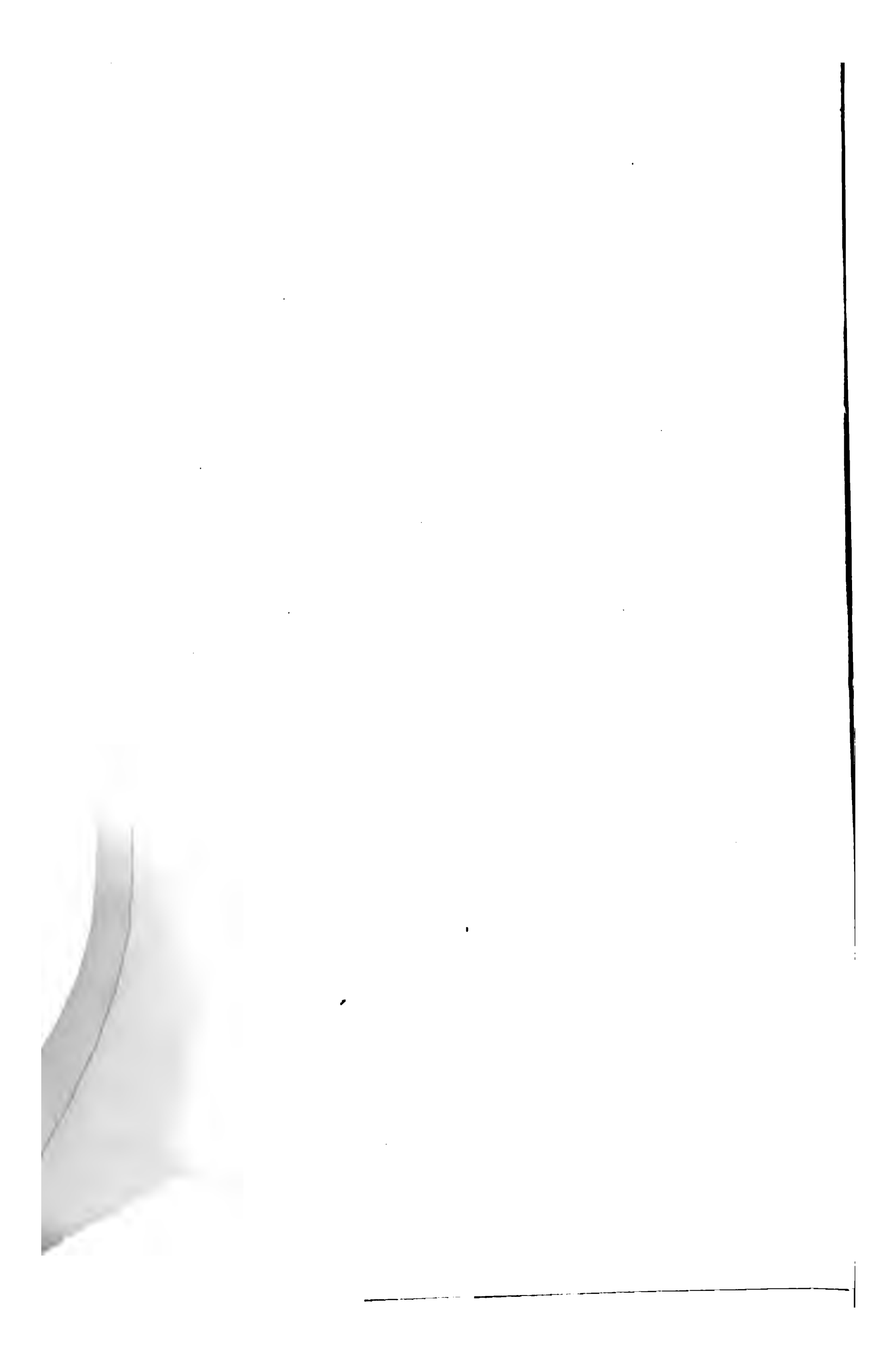
Es muy socorrido para los necios gloriarse de guapos, de galanes ó de padres de la patria.

Sólo con el objeto de amenizarla, he revestido mi sátira de una forma narrativa, seminovelesca.

Al que le agrade, bien.

Y al que no le agrade, mejor.

M. M.-B.



CAPITULO I

Luis Marcial.—Su origen y su casta.—De cómo se improvisó periodista.—Juveniles ambiciones.

Luis Marcial había nacido en apartado lugarejo de provincia. Era su madre una cubana débil, enfermiza y bonachona. Su padre era un español honradote, forzudo y laborioso. Ella respondía por *Charito.* El se llamaba D. Joaquín. Ambos cónyuges vivían felizmente en el hogar más apacible y tranquilo.

Hijo único del bien llevado matrimonio, creció nuestro Luis entre caricias y ternezas. Pero su natural bravío le puso

... nación.

... primer ...

... con

... mucha

... adolescencia

... una regular

... entonces

... colonia. Y, en-

... alcanzó la juven-

... no se borra ja-

... mana.

ndo menos lo esperaban *Charito* y
iquín, un desagradable suceso, que
muy caro á Luis, perturbó la dulce
la familia.

o consecuencia del accidente, al
restablecido ya de grave dolencia,
arcaron para la Habana, con algún
lo y varias cartas de presentación
rmaron los notables del muni-

la capital le acogieron unos parien-
anos. Fué, sucesivamente, apren-
relojero, mancebo de botica y pa-
le escuela, hasta que, por arte de la
idad, vióse de *repórter* en *El Triun-*
nularísimo diario de información.
ho había cambiado Luis con tales
de la pícara fortuna. Era ahora
ambicioso y sutil. Deseaba saber
rillar. La cháchara de los redac-
trato con intelectuales, la atmós-
raria que le envolvía, abrieron
horizontes en su cerebro dormido.
comprendió que se le despertaba

afición por la pluma, por el periodismo, por todas las cosas del entendimiento. Pidió consejos á la plana mayor de escritores que le rodeaba, compró libros y estudió desesperadamente. Su constancia en el trabajo, su firme noción del deber y su digna humildad le captaron sin demora las simpatías de todos.

Al entrar en *El Triunfo*, hizo el *reportage* de menor mérito. Recogía en los hoteles los nombres de los huéspedes, copiaba los partes policiacos en las estaciones, iba al registro civil y zurcía la crónica religiosa.

Luego subió, subió, como la espuma, de *repórter* á gacetillero, de gacetillero á cronista teatral y de cronista teatral á redactor de plantilla, con encargo de escribir editoriales, notas políticas y artículos de arte.

En un lustro ascendió todos los largos escalones de la prensa legítima. Hízose un terrible escritor, porque, sobre mover con soltura la péñola, no había amenaza

que le acobardara ni dinero que le rindiera. Sé levantó muy por encima de los venales y los mediocres, imponiéndose á la muchedumbre con su tesón de aragonés, su fiera independencia y su personal estilo. Le abrieron campo como á una tromba inevitable. No era un genio, ni un sabio, ni una notabilidad: era únicamente un sincero. El público, asustado al principio del audaz, aceptó después aquella crudeza shakesperiana, aquella amargura biliosa y aquella sorna feroz de que Luis matizaba cuanto escribía.

Así triunfó el gallardo combatiente en la lid de la prensa, como los bravos de alma templada, á fuer de abnegado y laborioso.

Mas esta victoria no le satisfizo por completo.

Luis, en el bregar continuo, había ganado experiencia á costa de ingenuidad. Su espíritu, prematuramente iniciado en el dolor, se debatía entre sombras de odios, de humillaciones y de desengaños.

No le animaba ningún bello ideal. Pero sentía ansias de placeres que no había gozado, de venturas á que se creía merecedor, de otro bien más brillante y positivo.

CAPITULO II

Soliloquio original.—Luis se analiza.—Algo sobre su persona.—A conquistar la dicha.

NO RICAS, no lujosas, no espléndidas eran las habitaciones de soltero que ocupaba Luis Marcial; pero había en ellas cierto *confort* y cierta elegancia. La pulcritud del habitante se reflejaba allí como una imagen en un espejo. Todo estaba ordenado, limpio, resplandeciente. Un cuarto le servía de estudio y otro de alcoba.

El escritor, panza arriba sobre la cama, analizábase con detenimiento, pasando

balance á su vida actual y apercibiéndose para su vida futura.

—Yo—se decía en pleno soliloquio—no soy de los buenos mozos, ni de los elegantes, ni de los héroes, ni de las lumbreras ni de los millonarios. Tengo facha de mozo civilizado, visto como las personas decentes y parlo con alguna amenidad. Aún no me he comido crudo á nadie, mas de una puñada derribaría á cualquier hombre y pongo una bala donde se me antoja. Emborronando cuartillas, gano lo suficiente para los garbanzos. No debo, pues, quejarme de mi suerte.

Hasta ahora desconozco la mayor parte de las virtudes y de los vicios. Verdad que me gustan las mujeres, los caballos, el agua y los perfumes, aunque opino que estas orientales aficiones no desdoran ni menoscaban mi hombría de bien. He sido actor en varias aventuras. No sé por qué inspiro fuertes pasiones á las chicas galantes. Quizás ello se deba á mi tipo moruno y á mi temperamento inflamable.

Sin embargo, el amor orgiástico no me ha convencido jamás.

Cambio de amantes como de botas. Después que las gozo me aburren, me fastidian, se me figuran flores sin aroma, copas vacías, cuerpos sin alma.

La alegría sí que es una buena hembra con quien nunca he ido de picos pardos.

¿Por qué me agobia el tedio, por qué me abruma la melancolía, por qué me atormenta la inquietud?

No puedo contestarme. Aquí, dentro de mi espíritu, hay un odioso gusanillo que no cesa de moverse, tejiendo espesísima red de ideas contradictorias, de sentimientos volubles, de tristezas vagas. No creo ni niego nada. Dudo, dudo siempre, y la amargura al dudar me envenena cruelmente. A pesar de esa acrimonia, no se me ha embotado la sensibilidad ni endurecido el corazón. ¡Qué disparate! ¡Si vivo con extraordinaria intensidad! Padezco una como psíquica hiperestesia. Amo y odio á la loquesca. Y porque

amo y odio así, quiero hacer el bien y el mal, gozar y sufrir, catar todos los placeres y apurar todos los dolores, embriagarme de dicha y de pena, vencer ó morir. ¡Al diablo la murria!

Tal vez cansado de soliloquear, saltó Luis del revuelto lecho y cogió para entretenerse un periódico de la tarde.

Luego de leer el editorial, los cablegramas y la información política, enfrascóse en la crónica de salones, y encontró el siguiente suelto escrito con jalapa:

«Mañana domingo se efectuará un magnífico *recital* en la morada de la ilustre dama Adelaida Urquiola viuda de Martínez Nieto.

«A los invitados se les brindará un té exquisito.

«Como allá se hace invariablemente música selecta, veremos á toda la *high-life* en el *recital*.

«Esta fiesta encantadora será el *clou* del domingo.

«Iremos sin falta á disfrutar el delicioso trato de la señora viuda de Martínez Nieto.»

—Y á yantar como bellacos, y á beber como insaciables esponjas, y á robarse las cucharillas de plata,—añadió Luis para su coleto.

Pero acto continuo se le atravesó un pensamiento en el meollo: asistir al *recital*, iniciarse en el gran mundo, romper con sus viejas costumbres, huir del aislamiento.

Para no arrepentirse de tales propósitos, se vistió presto, fué desalado á la redacción de *El Triunfo*, y plantándose frente al impecable cronista *Frasquito* Mendive, díjole entre bromas y veras.

—Deseo que me presentes á la perilustre viuda de Martínez Nieto. Me interesa ir al sublime *recital* del domingo. ¿Estamos?

—Sí, compañero—contestóle *Frasquito*.—Será para mí un alto honor el iniciarle en esa nueva y excelente amistad. Espéreme en el café *Inglaterra*, mañana, á las dos de la tarde.

—Hasta luego, *Frasquito*.

—Hasta luego, amigo Marcial.

Y el atildado cronista, boca abajo sobre las azules cuartillas, siguió borrajeando, con jugo de gardenias, noticias del gran mundo, mientras Luis se alejaba á paso andarinesco.

CAPITULO III

La Habana dominguera.—En marcha.—Quién es la viuda de Martínez Nieto.—La obra de los aduladores.—Lo que puede el vil metal.

ERA aquel domingo de diciembre un día claro, seco y radiante, como lo son casi todos los días de tropical invierno. El cielo, impecablemente azul, parecía suntuoso docel tendido sobre la tierra, á gran altura, para que no lo alcanzasen el polvo del suelo ni los escupitazos del mar. Los átomos se confundían todos en un mismo esplendor. La luz jugueteaba en las redondas copas de los árboles ur-

banos, que se vestían de verde y oscura hojarasca, ajenos á la escarcha y á la nieve, felices de vivir siempre bajo amable temperatura, llenos de pompa, de exuberancia y de gentileza. Los gorriones parloteaban en los hilos telefónicos, repitiendo una vez más el eterno dúo del amor libre y salvaje.

Los parques estaban casi desiertos. Algunos borrachos dormitaban en los bancos públicos, tratando de disimular las cabezadas, por temor al policía. Los surtidores de las fuentes derramaban chorros cristalinos y helados que el viento pulverizaba sutilmente.

Notábase en la ciudad la calma dominguera. Había como una holganza cuaresmal. Por las calles circulaban alegres bandadas de niños, que iban á los circos en busca de divertimiento, reidores y locuaces; horteras emperejilados charramente, con furiosos colorines en sombreros, medias y corbatas; viejas santurronas con el misal entre las rugosas manos; jovenci-

tas barrioteras y cursis, que buscaban novios so pretexto de visiteo; lechuguinos enclenques, esmirriados y zonzos que lucían modas absurdas; y alguna que otra hembra rijosa y picante, quien, perfumada por los cuatro puntos cardinales, volaba á la diurna cita de explotable burgués.

Luis Marcial esperaba impaciente en los portales del café *Inglaterra* al almibarado *Frasquito* Mendive, impecable cronista de salones. Vestía traje color gris oscuro, chaleco de seda con florecillas bordadas, cuello alto, plastrón anudado al desgaire, sombrero hongo y botas de charol, esparciendo en torno suyo delicadísimo perfume de rosas blancas. Por cierto que indumentaria tan varonil y severa no le sentaba mal. Su tipo moruno resaltaba airosamente. Delgado, esbelto y nervioso, movíase con soltura y distinción, al pasearse por la ancha acera, entre los dedos el flexible bastoncillo que formaba rápidos molinetes.

A las dos y media, deshaciéndose en

finezas por la tardanza, llegó *Frasquito* muy majo y peripuesto.

Luis y él tomaron un tranvía que los condujera al aristocrático barrio donde moraba la reputadísima señora Adelaida Urquiola viuda de Martínez Nieto.

Era ésta una criolla ricacha, enamoradiza y vanidosa. Su esposo, al morir en un lecho infamado ya por el adulterio, le legó tamaños caudales. Ella supo después imponerse á fuerza de saraos y comilonas. Había viajado mucho, pero, ni aun luego de recorrer medio mundo, consiguió jamás corregirse sus cuatro mataduras mayores, que consistían en fumar como un veguero, tener infinitos loros y cotorras, apasionarse de todos los pantalones y no poder sojuzgar la rebeldía de su encrespada é indúctil cabellera.

Decíanse pestes de Dª Adelaida. Según el murmurar de empedernidos malsines, la insaciable viuda poseía todo un harem masculino.

Pero ella, por artería de sus añagazas

pantagruélicas, triunfaba en medio tantas murmuraciones, y los mismos deslenguados que le arrancaban la piel, le rendían pleito homenaje, entre sonrisas falaces y chicoleos imbéciles.

Los turiferarios de la prensa la sahumaban también de mirra barata, y la adulación mundanal caía á su paso como alfombra de deshonor, que pisaban sus pies ajuanetados y callosos.

Detúvose el tranvía.

Luis y *Frasquito* estaban frente á la puerta de la empingorotada señorona.

CAPITULO IV

El recital.—Primores de la espuma.—Un granuja con ángel.—Lo que le enseña á Luís Marcial.—La música, pretexto de orgía.

Nutrido golpe de familias hacinábase en los salones de Dª Adelaida, quien, triunfando entre sus loros, sus cotorras y sus amigos, sonreía protectoramente, con sonrisa que pretendía ser bondadosa.

El mujerío elegante coqueteaba sin rebozo. Las sedas y las etaminas ceñíanse á las macizas piernas, á las pulposas caderas y á los turgentes senos, por la diabólica hechura de los vestidos. Sobre carnes alabastrinas ó morenas, de una

morbidez incitadora, centellaban joyas muníficas, como claros de sol cristalizados. Houbigant y Adkinson dividíanse el imperio del buen olor entre tantas muñecas hermosas y superficiales. Los pollastres se arremolinaban en torno de las jovenzuelas, pujando madrigales que rara vez no degeneraban en epigramas tabernarios y chistes rufianescos. Las señoras *flirtiaban* como las señoritas, lejos de sus maridos, rodeadas por una corte de malévolos adoradores.

Luis Marcial fué presentado por *Frasquito* á la viuda de Martínez Nieto.

Doña Adelaida estaba hecha un brazo de mar, adiamantada de pies á cabeza, con el rostro enjalbegado de blanquete para atenuar su trigueñez, prendida y peinada por manos primorosas. Era un tipo vulgarote, pero en sus ojos, muy grandes y muy negros, brillaba extraño fuego, cual si voraces deseos atormentaran continuamente su espíritu demoniaco.

Para dicha suya, Luis encontróse con

Gonzalo Fernández, un granuja simpático, que vivía del juego en los garitos lujosos y conocía bien á todos los amigos de Dª Adelaida. Fernández sentía por el escritor sincero cariño. ¡Milagros del contraste!

—¿Vienes á castigar, Luisillo?—le preguntó con malicia.

—No, vengo á oir el *recital.*

—Déjate conmigo de pamplinas. Tú vienes á envenenar. Por cierto que el sitio no puede ser mejor para eso. No doy un perro chico por la pureza de casi todas estas señoritas ni por la honradez de casi todas estas señoras. Pregúntame por cualesquiera de ellas, y te informaré minuciosamente. ¿Quieres pasarles revista?

Al poco rato de ojeo, Luis se detuvo é interrogó á su acompañante:

—¿Quién es aquella mujer tan guapa?

—¿Cuál?

—La del traje gris.

—Es la señora del banquero Rodrí-

guez. Padece de egolatría. Enamorada de sí misma, no permite que su marido la acaricie sino una vez á la semana. Ese día se cubre la cara de algodones, para que los besos no le ajen el cutis.

—¿Y aquellas niñas que entran ahora?

—¡Las Pomares!... A esas dos hermanitas les dicen las «poetisas de Léucades». Ya tú comprenderás...

—¿Y aquella jamona?

—¡Graciosísima, hombre, graciosísima! Es María Antón, de quien se murmura que tiene un serrallo con tres mulatas cachondas, á las cuales llama sus odaliscas.

—¿Y aquella rubia que se asemeja á una viruta de pino?

—¡Vamos! ¿No la conoces? Es Enriqueta Dorado, la *señora* del padre García, calambuca para quien no existen aberraciones ni liviandades desconocidas.

—¿Y aquellas gorditas que charlan con dos críos, digo, con dos mozalbetes?

—¡Toma! La señora de Somorrostro

con su entenado y amante *Pepito*, y la de Fernández Vera con su sobrino y amante Rafael. ¡Cómo les gusta á ciertas tías el género ínfimo!

—¿Y aquellos caballeros que discuten académicamente?

—El que ostenta una tira de tafetán en la mejilla derecha, es Jaime de la Torre, á quien le propinaron anteayer, en la calle del *Obispo*, escandalosos latigazos. El de los bigotes retorcidos como ponzoñas de escorpión, es Antonio Méndez, personaje de vicios horrendos.

—¿Y aquel otro caballero que medita entre discursivo y patético?

—¡Pobrecito Martín Suárez! El infeliz supo que le engañaba su esposa..... y fué á matarla. Mas le salieron al encuentro la adúltera, el amante y todos los criados de la casa. Por nada le linchan. Logró, sin embargo, escapar con vida, aunque cubierto de sublimes arañazos y gloriosas contusiones. Ya no le aflige mucho la derrota. Sabe por triste expe-

riencia cuánto vale la superioridad numérica del enemigo. Agóbiale, sí, la nostalgia de su mujercita, quien no consiente en aceptarle de nuevo, ni aun cuando él ha prometido resignación, paciencia, tolerancia, toda la sangre fría que necesita un marido complaciente.

—¿Y aquella vejancona remozada?

—Por doña Tula responde. Manda la muy tunante esquelas olorosas á los donceles, dándoles citas de amor y encubriéndose tras poéticos seudónimos. Algunos, cuando se encuentran con tal esperpento, le colman de insultos; otros, en cambio, le gozan para burlarse; y así, entre cal y canto, va viviendo la sensible doña Tula.

—¿Y aquella arrogante muchacha, que permanece sola, aislada, á despecho de su belleza y su trapío?

—Pues tan gentil doncella no huele á ámbar. De ahí que le huyen el bulto.

Aquí se hizo el silencio: empezaba el *recital.*

Un pianista joven, de fisonomía animada, ocupó la banqueta giratoria. Sus dedos ágiles recorrieron el teclado. Y surgió la melodía suave de una serenata cariciosa, apasionada y tierna. Las notas volaban por el salón como trinos de muchos ruiseñores, como arrullos de muchas palomas. A veces parecía oirse el chasquido de besos lanzados al aire, el murmullo de una voz quejumbrosa que imploraba, el suspiro de un alma sedienta de amor. El artista tocaba magistralmente. Pero casi nadie entendía. Aquella música hablaba de cosas muy grandes, de quereres muy hondos y de sentimientos muy nobles para ser comprendida por gentes sin corazón, sin fe, sin conciencia, encallecidas por la superfluidad, simadas en el vicio, bestialmente sensuales y crapulosas.

Todos aparentaban escuchar con los cinco sentidos. Pero ninguno oía ni dejaba de aburrirse. Faltábales el sexto sentido: el sentido común, indispensable á la emoción estética.

Al pianista, cuando dejó la banqueta, le ovacionaron hipócritamente.

Siguieron en turno varios números más.

Y terminó el *recital*, porque la música, en casa de doña Adelaida, era sólo pretexto de francachela, de orgía, de bacanal. Por eso, como si se tratase de una medicina repugnante, la viuda de Martínez Nieto, á quien aburrían atrozmente los genios filarmónicos, la daba en pequeñas dosis para no cansar á sus amistades.

La hora del té había sonado.

Luis Marcial, abatido por el insano ambiente de infamia que le envolvía, deseaba huir, alejarse como de un lugar apestado, infecto y nauseabundo.

La corrección social se lo impedía.

Hubo, pues, de resignarse á beber el último trago de cicuta mundana.

En unión de Gabriel y *Frasquito* dirigióse agobiado al suplicio.

CAPITULO V

El té.—Delicias del exotismo.—Europeicémonos.—Dónde aparece Elena Cores.—¡A beber... y á reir!

DOÑA Adelaida, para echarla de europeizante, había importado á Cuba la costumbre del té. Esta infusión antitropical caía como agua sucia en los estómagos criollos, acostumbrados desde luengos años al sabrosísimo café. Los noveleros lo tomaban por grupos de ambos sexos en un saloncito entapizado, donde la tetera y las pastas lucían sobre elegantona mesita de laca.

Aquel lugar era, á juicio de los adula-

dores, el sanctasanctórum del exotismo. Hasta Loti se habría encantado frente á semejante maravilla de la viuda de Martínez Nieto.

El grupo en que iba Luis Marcial lo formaban éste, la señora Elena Cores de Urquijo, las señoritas Matilde Prieto y Hortensia Zozaya, *Frasquito* y Gonzalo.

Luis llevaba del brazo á Elena Cores, mujer bellísima, bastante descarada, con mucho ingenio para la malicia y poco amor á su esposo.

—Hable, anímese, entre en conversación—decíale su compañera. ¡Me he llevado con V. el gran chasco! Yo le leo desde hace la mar de tiempo, y, por las travesuras de su estilo, imaginábame que sería V. un charlatán graciosísimo. Pero ahora me encuentro á la esfinge de Tebas convertida en periodista mudo.

—Si todas las mujeres,—contestóle Marcial,—tuvieran esa chispeante facundia y ese pícaro lunar que luce tan mono en su mejilla nacarada, le respondo, seño-

ra, que me volviera orador galante para uso exclusivo de las damas.

—Pues este lunar está á su disposición, siempre que no lo quiera V. borrar.

—Si pudiera besarlo, tal vez lo borraría.

—¡A que no!

—¡A que sí!

Y Luis besó ardientemente el lunar de Elena, á los veinte minutos de conocerla.

Mientras Gonzalo sostenía indecente plática con Matilde Prieto, Hortensia Zozaya, le enseñaba su principesco traje de *crêpe* chino al azucarado *Frasquito*, ganosa de una nota vibrante en la reseña de la fiesta.

El pacato cronista tocó una manga para apreciar en todo su valor el mérito de la tela.

—¡Ahí no!—le interrumpió ella con ira.—Toca en este otro punto, que está más terso. Y cogiendo nerviosamente entre las suyas una mano del asustadizo

Frasquito, se la pasó con fuerza por los duros y levantados senos. El cronista empalideció. Hortensia largó la carcajada.

—¡No me muerdas, bruto!—gritó Matilde á Gonzalo, quien, so pretexto de prenderle un broche de la chaqueta, le había clavado los dientes en la nuca.

Bebido el té, salieron al salón las tres parejas, como si volviesen de misa, graves y estiradas.

Frasquito se quedaba. Luis y Gonzalo se iban. Despidiéronse de doña Adelaida. Elena se acercó á Luis, en la puerta de salida, y le dijo quedamente:

—Le espero el miércoles en casa. Recibo ese día.

Ya en los jardines de la quinta, Luis experimentó una deliciosa sensación de placer, al aspirar el aire frío y sentir como se le ensanchaba el espíritu, melancolizado hasta entonces por el tufo de aquella sociedad podrida y hedionda.

Ancha rueda de niños giraba cantan-

do alrededor de una palma soberbia. Los había rubios y trigueños, pálidos y atezados, regordetes y flacuchos, reidores y mustios. Todas sus frescas boquitas se abrían al unísono, y salía de ellas, como de un coro de ángeles, la canción sencilla, ingenua, con acento místico y suplicante de plegaria. Parecía que un fatal presentimiento de su futura suerte les inspiraba aquel tono de ruego, lánguido, humilde, enternecedor. El canto de los inocentes querubines se dilataba por el espacio. Las niñeras vigilaban á los infantes, ínterin que sus madres los olvidaban cruelmente. Caían las hojas secas de los árboles y rodaban con ruido áspero por el césped verde. Mas no se derrumba el dorado prostíbulo que bullía como si tuviera dentro de sus paredes envenenadas un enjambre de avispas y zánganos. ¿Lo disculparían los niños con sus canciones y sus reires?

Lejos del ramillete infantil, divisaron Luis y Gonzalo á una chiquilla delgada,

débil y fea, de mirar brillante y lascivo, que se destrozaba las ropas, frotándose contra los bancos de piedra.

—¡Pobrecita criatura!—exclamó Luis.

Gonzalo Fernández musitó entonces al oído del periodista estas desgarradoras palabras:

—Es Leda,—la última hija de doña Adelaida,—que ha heredado precozmente el impuro deseo materno...

CAPITULO VI

Impresiones crueles.—Una visita del terrible D. Mariano Izquierdo.—Guapezas de la raza.—¡Chiquillos, á disolverse!

EL DESCORAZONADO Luis, de guardia en la redacción de *El Triunfo*, se entretenía escribiendo sus impresiones.

El periodista había pergeñado ya estos parrafitos flagelantes:

«Ansioso de esparcimiento y alegría, fuí ayer á una fiesta que se daba en los salones de la viuda de Martínez Nieto. Todavía tengo el estómago revuelto por lo que ví y oí en tal paraje. La nata, la espuma, la crema, ó como queráis llamarla, no ha conocido escrúpulos. ¡Cuán-

tas mujeres descocadas y cuántos hombres cínicos! Ellas locas; ellos, locos también; todos con delirio de prostitución. Por un lado, almas cancerosas; por otro, carnes manidas. Yo he sido siempre pesimista, pero nunca aborrecí tanto á la humanidad como en aquella casa infame.

«¿Qué se puede esperar de una gentuza infernada por los vicios, liviana, torpe y ruín?

«El pudridero social hiede á cadáver.

«Está muerto ese mundo de lujo, de farsa y de iniquidad, que trata en vano de galvanizarse con sueros de artificio cortesano.

«Me estremezco de horror al pensar en el cataclismo que ha de venir cuando le falte el puntal de la fuerza á ese caserón carcomido, agrietado y hueco donde una clase impura vive regaladamente en la ignominia y el oprobio.

«No he de volver á pisar la mansión de la empecatada viuda, ni alguna otra que se le parezca.

«Es preferible aburrirse entre personas decentes.»

Luis habría seguido meneando á esa guisa la pluma, si no entrara en la redacción un conocido personaje que le saludó con fuerte espaldarazo.

—¡Hola, pollo!

—¿Cómo le va?, señor Izquierdo.

—Regularcito, no más que regularcito.

Don Mariano Izquierdo era el coco de la ciudad. Su valor temerario, su pujanza de jayán, su dominio en el manejo de las armas y su carácter pendenciero, le hacían un hombrazo temible. Cobraba el barato, y, cobrándolo, vivía con sabrosura entre sustos y adulaciones del prójimo. A los cobardes inspiraba horror, y los valientes le temían. ¡Formidable caballero! Por un quítame allá esas pajas, el nuevo Lagardere mandaba padrinos, ó se peleaba en la calle, repartiendo bofetadas y puntapiés á roso y velloso.

—¿Qué le trae por este periódico, señor Izquierdo?

—El deseo de rogar la publicación de un sueltecito.

Luis leyó las cuartillas. El suelto era un *chantage* indigno. Sin embargo, lo mandó á las cajas. Había que complacer al héroe, aunque sólo fuese por seguir la costumbre establecida.

De mieles hízose D. Mariano, satisfecho por el éxito de sus gestiones; y hasta se creyó obligado á recompensar con sabios consejitos la amabilidad del redactor.

Hablando en un tono si es no es protector, dijo al periodista, confidencialmente:

—Le noto á V. paliducho y amodorrado. ¿Qué le sucede? ¿Le han dado calabazas ó está V. enfermo?

—Nada de eso, señor Izquierdo. Excesivos estudios y tristezas sosas: he ahí las causas de mi abatimiento.

—Usted ha errado el camino, amable Luis. Estudiando, pensando y sintiendo no se llega á ninguna parte en nuestra sociedad. Aquí no hay que impo-

nerse á punta de pluma sino á punta de bota y de espada. Entre en una sala, aprenda esgrima, y cuando ya posea el arte de matar, apechugue con el primero que le caiga pesado y cólmele de insultos. El individuo, si corre por sus venas sangre torera, le atizará una puñada. Pero V., que la espera, le rompe la crisma á garrotazos. Después viene el desafío. Como él pegó antes, le toca á V. elegir armas. Escoge entonces la que mejor domine, se bate y vence de fijo. Al otro día del duelo ha ganado V. más fama que si hubiera escrito cien artículos hermosos. Yo, ¿quién era? Un D. Nadie. He triunfado á trompis y estocadas. Hoy, ¿qué soy? Un coloso. Esto se lo confieso porque me cae V. como una onza de oro. Mas ¡cuidado, lengua, con repetirlo! Mañana vengo á buscarle para ir juntos á la sala del maestro Parodi.

—Pero si yo...

—No hay excusas que valgan. Mañana se estrenará V. De todos modos la

esgrima ha de sentarle, puesto que es un excelente ejercicio y viene de perlas para reponer quebrantos de salud. ¡Con las condiciones suyas! Buena estatura, mejor vista, brazo largo, ligereza, nerviosidad... en fin, que le sobra á V. lo necesario en el arte de Pini y Greco. ¡Mire que me lo ha de agradecer! De mí se murmura mucho, pero yo soy un caballero, celoso de ayudar á mis amigos. Desde ahora le prometo servirle de testigo en su primer lance.

Abrumado por las exigencias de don Mariano, Luis accedió en ir á la sala del maestro Parodi.

Como la guardia había concluido, el periodista salió con Izquierdo á cenar algo.

En llegando los dos al restaurant, se suscitaba dentro la bronca hache entre varios mocosos que la corrían con algunas mujerzuelas.

Todos chillaban cruzándose carretoneriles denuestos.

A un grito de Don Mariano callaron los matoncitos.

Izquierdo, en actitud arrogante, los confundía con su mirada irresistible.

Luis sonrió burlonamente.

CAPITULO VII

La sala de armas.—El maestro Parodi y sus discípulos.—Desfile de guapos.—Pateadura cómica en un acto.—Las ofensas de origen africano no tienen valor...

NO DESAGRADÓ á Luis el ambiente de la sala de armas. Dirigíala un señor alto, delgado, elegante, de ojos verdes y bigotes á lo borgoñona, con figura de gascón, sumamente amable. El maestro Parodi, siquiera oriundo de italianos, seguía en esgrima la escuela francesa. Tiraba bien y enseñaba archibién. Como espadista hubiera sobresalido hasta en el mismo París. De duelista famoso se había tor-

nado insigne profesor de un arte noble. Parodi se distinguía por su bello espíritu de tolerancia. Él y Luis simpatizaron en seguida.

Los alumnos de la sala eran asimismo personas cultas, pacíficas y bondadosas. Mientras más tiraban, menos presumían. Entre los tales reinaba estrecha cordialidad. Jamás hablaban de guaperías ni echaban fieros. A Luis le recibieron muy cordialmente.

Los perdonavidas, en la sala de armas, aparecían como aves de paso. Venían horas antes del duelo á prepararse festinadamente. Traíalos casi siempre el espantable D. Mariano Izquierdo, quien los presentaba con estas ó semejantes palabras: «El señor Fulano, un hombre de honor, que se ha batido ya á las tres armas;» «El señor Mengano, un caballero que ha tenido la honra de ir seis veces al terreno.»

Acto continuo empezaba la preparación. El maestro les enseñaba invariablemente lo mismo: romper dejando la

punta y atacar al brazo por golpe recto. Simulábase después un combate real. El más lerdo observador hubiera notado entonces el miedo que empalidecía el rostro de los esparafusiles cuando Parodi les atacaba de firme al vientre, al pecho ó al cuello.

Entre *reprise* y *reprise*, los duelistas contaban sus proezas. Todos colmaban de elogios la eficacia de Izquierdo como testigo y juez de campo. Á renglón seguido le miraban para ver si sonreía satisfecho. Caso de no parecerles contento, multiplicaban los ditirambos. D. Mariano, alma belicosa de aquellos jaques, ejercía sobre ellos una verdadera sugestión.

Cierta vez Luis pescó este asombroso diálogo entre un baratero llamado Almeida y el horripilante Izquierdo:

Almeida, con las lágrimas á punto de brotarles:—Por Dios, no me abandone Vd. Vaya sin falta á mi duelo. Yo le daré veinte, treinta, cuarenta centenes, en fin, lo que Vd. quiera.

D. Mariano:—Iré: me transo por cien duros.

Almeida:—¡Oh, qué alegría!

D. Mariano:—Agradézcamelo Vd. mucho.

Más tarde comprendió el periodista que Izquierdo le tenía su respetazo á Parodi. Y supo también que el primero era agente del segundo, con la mitad de haberes en las clases de esgrima y las preparaciones de duelo que conseguía. ¡Un colmo de la industria!

El negro Jacobo, hercúleo y formidable, era el criado de la sala. A este etiope le faltaba en sesos lo que le sobraba en músculos. Mas cumplía exactamente con sus obligaciones y adoraba á Parodi.

Cuando alguien se estaba preparando para un lance, Jacobo cuidaba de no permitir bajo ningún concepto la entrada al local.

En una de aquellas solemnes ocasiones, se presentó el matasiete Nicolás Castañeda, deseoso de fisgonear á todo trance.

—No se puede entrar—le dijo Jacobo, cerrándole el camino.

—Yo entro porque sí.

—Vd. no entra porque á mi no me dá la gana.

—¡Toma, granuja!—chilló Castañeda, cruzando con su junquillo el rostro de Jacobo.

Este, ciego de cólera, se precipitó sobre su agresor y le derribó de un cabezazo. Nicolás incorporóse desenfundando el revólver. Jacobo le arrebató el arma de entre las manos y le pateó bárbaramente.

Al escándalo acudieron Parodi, Izquierdo, Luis y otros individuos.

Nicolás yacía en el suelo gritando como débil mujercilla. Jacobo rezongaba de ira. Entre todos recogieron á la víctima sin osar reprender al victimario.

El bravucón estaba hecho la santísima. Le habían abofado los morros, descabalado tres dientes, desprendido una oreja y fruncido un ojo. Quejábase además de fuertes y punzantes dolores en la espalda,

las costillas y en el fondillo. Daba grima verle á los cinco minutos de haber recibido la pateadura. ¡Inenvidiable gloria la de los ternes!

Entre tanto Parodi y Luis le curaban de primera intención, Izquierdo le decía para consolarle:

—Vamos, chiquete, no te aflijas. En nada se perjudica tu honor con este descalabro. ¿Qué te pegó un negro imbécil? ¡Tanto monta! Sólo valen las ofensas de los caballeros.

Nicolás, que no se quejaba ahora de la dignidad sino de los golpes, seguía lloriqueando y gimiendo. Tras muchos mimos lograron levantarle algo el espíritu. Parodi en persona hubo de acompañarle hasta la puerta, pues advirtió que el cuitado, quizás por horror á un segundo encuentro con Jacobo, no se atrevía á partir.

Luis estuvo cerca de un año industriándose en esgrima, y llegó á dominar un poco el arte de Nevers. Pero útiles ocupaciones le robaban todo el tiempo, y se

resignó á dejar el aprendizaje de las armas. Fuése de la sala con un grato recuerdo del maestro Parodi y sus caballerosos alumnos.

CAPITULO VIII

En la redacción de *El Triunfo*.—La visita de dos genios. — El modernismo como arte. Camello simbólico.—Supremas almas... y rechifla suprema.

LA REDACCIÓN de *El Triunfo*, con toda su gente reunida, esperaba la visita de dos bichos raros: el poeta guatemalteco Julián de Mendoza, rimador en ágata de versos azules, y el prosista uruguayo Manrique de la Cruz, cincelador en ónix de párrafos índigos. Ya eran muy conocidos de todos ambos artistas. Las revoluciones de sus países respectivos los había vomitado sobre Cuba. Astrosos, melenudos y ridículos, iban por

calles y plazas alardeando su sucia bohemia. Aquí recitaban sus desatinos, allá pegaban la gorra y donde quiera movían la hilaridad y la befa del público.

—¿Cuándo vendrán las *cebras?*—preguntó un redactor bajito, de mostachos canosos y mirar avieso.

—¡Verdad que tardan los *caníbales rosáceos!*—agregó un *repórter* intranquilo y gracioso.

Por fin llegaron con Luis las esclarecidas lumbreras.

El periodista hizo solemnemente la presentación.

—Nosotros—dijo el poeta guatemalteco—saludamos con cariño á la chusma luminosa de este periódico. Somos almas blancas que peregrinamos por el mundo en nostálgica romería. Ansiamos la victoria aurea del ideal, la derrota negra de la burguesía y la muerte oscura del cretinismo. Cierto que el hambre *venablea* nuestros estómagos y que el hastío de la vulgaridad ensombrece nuestros corazo-

nes; pero, sitibundos de gloria, sobrellevamos estoicos la miseria, con tal de vivir mañana entre mirras aromosas. ¡Salve, hermanos en poesía!

El prosista uruguayo añadió á su vez en tono cantarín:

—Yo os saludo como un beduino que va silente por el desierto polvoroso y encuentra la caravana fraterna! Hierofonte del nuevo rito, guardo en el corazón odio superabundantísimo contra el arte viejo y apolillado, contra los pedantescos dómines del latín y la gramática. Vivo para la emoción pálida, en las coruscantes regiones de los sueños orientales, misteriosos, verdinegros. Yo soy semilla fragante de inmortalidad. Yo soy un iniciado *triunforoso*. Yo llegaré á entender hasta el lenguaje místico de los osos y las focas polares que se acarician felinamente en la llanura gélida. ¡Ave, hermanos videntes!

—¿Y qué se hacen ustedes ahora?—les interrogó el director de *El Triunfo.*

—Nosotros peregrinamos, señor, peregrinamos en artística caravana—contestóle el poeta. Ayer estuvimos en el circo «Pubillones» donde se exhibe un camello simbólico. Fuimos á besarle la sagrada giba. Nos apedreó el vulgo ignaro. ¡Cobardías de la canalla! En breve partiremos para el remoto Egipto, á bañarnos en las aguas perfumosas del Nilo, á ver los cocodrilos soñadores, á aspirar el aroma de los lotos edificantes, á confesarnos con las giganteas pirámides, á evocar el espíritu flébil de Cleopatra.

Trabajo costaba domeñar la risa. Brindóseles dulce, cerveza y tabacos. Comieron y bebieron en grande. Mas rechazaron con desprecio los puros. Ellos no fumaban sino opio.

Luis, que estaba de vena, alzó su copa y habló así:

—Brindo por el famoso poeta guatemalteco Julián de Mendoza y por el eximio prosista uruguayo Manrique de la Cruz, magos sublimes que nos han

honrado con su presencia en esta casa. Imponíase que dos geniazos como nuestros huéspedes pasaran por este país estulto, para que lo purificasen y redimiesen. Almas gemelas, almas de aurora, almas superiores, Mendoza y Cruz realizan una obra de santo amor al difundir por el mapa sus elevadísimas ideas sobre el Egipto, el Nilo, los cocodrilos, los lotos, las pirámides y Cleopatra. En la tierra del *choteo* se comprenderá algún día cuánto bien nos hicieron con la iniciación del nuevo culto entre nosotros. Empero, la emoción, por ser muy fuerte, me embarga, y no puedo seguir usando de la palabra. ¡Eureka, artistas inmortales!

Por las mejillas de Cruz y de Mendoza corrieron sendos lagrimones.

El uno y el otro besaron en la frente á Luis.

¡Y se armó la gorda!

—Ese no es Oscar Wilde—vociferó el revistero teatral, ahogado de risa.

—¿Escarnecéis á Wilde?—replicóle

descompuesto el vate Mendoza. Wilde, polilla de bastidores, fué un evocador exquisito. Por despertar magníficas memorias del pasado, practicó nuevamente las sabias costumbres gomorranas. Verlaine, el padre Verlaine, ese mágico pastor del rebaño poético, tenía también la atrayente afición de Wilde, y la llamaba, en soberbia forma, su *pecado radioso.* ¿Y Julio César, y Nerón, y Miguel Angel, y Leonardo de Vinci? Cruz y yo mismo no nos desdeñamos de oficiar en el templo socrático.

—¡Fuera, maricas!—chilló álguien.

—¡Fuera! ¡Fuera!—rugieron escandalizadas otras voces.

El cotarro se había revuelto. Cruz y Mendoza, temerosos de que los mantearan, huyeron á escape entre la rechifla imposible. En la fuga abandonaron un bultico. Abierto el paquete, resultó que contenía lana del camello simbólico...

CAPITULO IX

Misantropía incurable.—Luis se mete en política.—Un comité de barrio.—Los eternos engañados.—Oratoria de burdel.

LA TRISTEZA de Luis iba rayando en misantropía. Cada vez se encapotaba más su espíritu, como si la niebla de las decepciones lo hubiese helado. El tedio era su pesadilla constante. Se aburría en todas partes, sin que lograran distraerle ni los amigos, ni el trabajo, ni los teatros ni las juergas. El mundo estaba para él vacío de encantos, de atractivo, de placeres. Todo le escocía y le molestaba al extremo de producirle desazones intensas. Eso no obstante, procuraba di-

simular su desastroso estado de alma, y nunca la sonrisa se desdibujó de sus labios casi marchitos. Quería aturdirse, alejarse de sí propio, romper á costa de cualquier sacrificio el cerco de espesas brumas que le estrechaba.

Todo lo invadía entonces la política. Habíase despertado en los imbéciles y los mediocres el deseo de flotar como la nata. Cualquier quídam se juzgaba merecedor de un puesto electivo, y el más estulto ganapán se creía con merecimientos bastantes á regir los destinos de la república. La mentirología politiquera envenenaba el país. Tahures y rufianes, echacuernos y correveidiles se habían impuesto por su descaro. Brillaban hombres maleantes, rastreros, babosos, que no tenían ni don de gente. Los de la oposición odiaban á los gubernamentales con la envidia y la ira del hambriento que ve comer á otro. Los gubernamentales despreciaban á los de la oposición con el altivo desdén de sus estómagos satisfechos.

Luis, para distraerse, entró en el mentidero, como vicepresidente de un comité.

Le citaron un día y fué á la junta.

En estrecho local se apiñuzcaban más de cien individuos, la mitad con levita y la mitad sin ella. Eran unos, trepadores, y otros eran escabeles. En lugar de irse por las noches á tomar aire, los obreros, embaucados por una docena de insolentes charlatanes, asistían á las borrascosas juntas de los comités, cual rebaño de carneros mansos. ¡Cómo trabajaban por el triunfo del idiota éste ó del gandul aquél! ¿Y para qué? Para que el candidato electo, después de las elecciones, les negase hasta el saludo. Allí se repetía la eterna historia del pueblo sacrificándose en aras de su ignorancia supina.

Un vejete panzudo agitó el cencerro presidencial y dijo gravemente:

—Queda abierta la *sección*.

Tratábase de recomendar candidatos á la asamblea provincial.

Abierta la discusión, aquello no tardó en volverse un campo de agramante.

Cada enlevitado, apoyándose en algunos obreros, presentaba una candidatura distinta.

El señor García:—Pido la palabra para una alusión personal.

El presidente:—El señor Gutiérrez está en el *uso*.

El señor García: ¡Qué me importa á mí el señor Gutiérrez!

El presidente:—¡Silencio!

El señor García:—No me da la gana de callarme, carcamán.

Una voz:—Que cierre el pico García, ó le rompo la crisma.

Otra voz:—Yo sí que te voy á limar los apéndices......

Otra voz:—¡Canalla!

Otra voz:—¡Gallina!

Otra voz:—¡Qué *se me postule* á Romero.

Otra voz:—Romero es un ladrón.

Otra voz:—¡Más ladrón es el padre del que tal dice!

Otra voz:—¡Mire que me meto con su familia!

Otra voz:—¡La suya, por si acaso!

Así despotricaban los energúmenos.

El debate llegó á encausarse.

Un mulo gárrulo de pésima catadura, se paró en dos patas y rebuznó de esta manera:

—¿Por qué el señor Agüero combate con tantísima saña la candidatura del señor Gamboa, á quien la mayoría de este comité quiere recomendar para representante? El señor Gamboa, ángel *costodio* de media república, merece por muchos *consectos* esa *arta destinción.* El señor Agüero prefiere en la circunstancia al señor Porro. Conozco muy bien los motivos causales de la preferencia. El señor Porro es casi marido de la señora del señor Agüero.

—¡Chitón!—Ordena el presidente meneando el susodicho cencerro.

Una voz.—¡Que hable!

Otra voz.—¡Ese gallo sí que es fino!

Otra voz:—¡Inspírate, vate indiano!

Otra voz:—¡Qué se calle!

Muchísimas voces:—¡Que hable! ¡que hable!

El mulo prosigue en sus rebuznos procaces:

—Yo sé por qué el señor Albisu ha gritado que me calle, mientras otros señores me *encitaban* á continuar. El señor Albisu va todos los días con su hermana Luisa al bufete del señor Porro, y allí la deja dos ó tres horitas, con *futiles* pretextos. Así resulta el señor Porro casi cuñado del señor Albisu, como resulta casi *marío* de la señora del señor Agüero.

Una voz: —¡Bravo, bravísimo!

Otra voz: —¡Métele criollo!

El mulo, continuando su filípica:

—Y dejo en paz á las familias, porque no me gusta introducirme en el hogar de *naide*, y conozco también el respeto que

merecen las mujeres, aunque sean unas tales por cuales.

Una voz: —¡Muy bien, pero muy bien!

Otra voz: —¡Si es un caballero!

—El señor Gamboa—añade el mulo—es un espíritu altamente democrático que sabe dónde le aprieta la bota.......

Una voz.—¡Cómo que la empina de lo lindo!

Varias voces: —¡Borracho lo será su abuelo!

Ultimo rebuzno del asno:

—Como declaré al principio, hay que recomendar al señor Gamboa para representante. Pongamos á votación su candidatura.

El señor Gamboa salió triunfante de la prueba.

La junta debió de seguir por esos tonos agresivos y repugnantes.

Luis, careciendo de paciencia para oir tales enormidades, escabullóse á la primera oportunidad.

CAPITULO X

El prócer.—Sus indignidades.—Las elecciones. A Luís se le cae el gozo en el pozo.—Temporada campestre.

Don Rufo Portocarrero, prócer de un partido militante, se hallaba en su despacho cuando Luis llegó á visitarle.

Era don Rufo el arquetipo de los politicastros imbéciles que padecíamos entonces. Mal pleitista, mal caballero y mal padre de familia, había subido en fuerza de adular los gustos depravados de la canalla, insolentándose en callejeras tribunas. Su histórica indecencia había llegado á ser un símbolo. Vivía entre la

suciedad. Ni por cumplimiento se quitaba las legañas de los ojos, y la pringue le corría de cabeza á pies. Sucio de alma y de cuerpo, lucía por fuera una indumentaria lustrosa de manteca y repulsivamente gargajeada.

Don Rufo había nacido en la miseria, y no podía substraerse á ella. Su mujer, una buena pieza que se la pegaba en las barbas, sentía por él invencible repugnancia, y, aunque con mucho esfuerzo, le sacaba el quilo, compensando con ricas sedas, preciosas alhajas y volubles aventuras el dolor y el asco de vivir en unión de semejante alimaña.

La prensa decía á diario que don Rufo era un granuja, un echacantos, un petate; y D. Rufo callaba siempre por cobardía, fingiendo desdeñar los zurriagazos del cuarto poder. Jamás vino al mundo criatura tan descastada, tan villana y tan aguantona Tenía el decoro estucado de mugre.

—Buenos días, señor Portocarrero,

—Buenos, señor Marcial.

—¿Qué hay de novedades?

—Pues ninguna.

—Ya me han hablado de que quieren *postularle* á usted para consejero provincial.

—Y vengo en busca de su apoyo.

—Se lo prestaré, siquiera condicionalmente.

—Usted dirá.

—Yo, señor Marcial, no me ando con requilorios para decir lo que siento. Usted, si entra por el aro, será consejero, comprometiéndose á servirme en el consejo y á entregarme mensualmente la cuarta parte de su soldada. ¿Acepta Vd? Contésteme sin vacilación. Otros hay que ni lo pensarían.

—Acepto, señor Portocarrero.

—Ganadas las elecciones,—continuó D. Rufo,—no sé cómo voy á componerme para repartir las prebendas. A las exigencias de mi partido, únense las de mi señora, quien es raro el día que no

me recomienda algún pisaverde. Ya veremos, ya veremos, qué sale de todo este lío.

Las elecciones se aproximaban á la carrera. El gobierno, aunque seguro del éxito, ponía en juego, por mera precaución, todos los grandes recursos que en sus manos tenía. La oposición, que soñaba con imponerse á la tremenda, reclutaba batallones de guapos para oponerlos en los comicios á las fuerzas armadas de la república. Hubo hombre que se pasó tres meses comiendo carne cruda para robustecer su coraje. Fulano coceaba como un muleto cerril. Esperencejo le metía un cuchillo en el redaño al lucero del alba. Aquí había mil rifles. Allá quinientas bombas de dinamita cargadas hasta el gaznate. ¡El Diluvio sin arca de Noé, aunque con muchísimos animales!

Decididamente, *postularon* á Luis para consejero provincial.

Y llegó el día de las elecciones.

Toto el mundo salió á votar con su po-

quito de miedo. Aquellas amenazas terríficas habían causado más de un trastorno digestivo. ¿Cuál de nosotros morirá primero? se preguntaban mentalmente los electores al salir de sus casas.

En cuantito comenzaron las primeras broncas, la policía tiró de los bastones, repartió algunas palizas, y la gente puso pies en polvorosa. Más tarde, se movieron nuevas zambras, que degeneraron también en risorios escandalitos y discretas fugas, porque el cuerpo de seguridad repitió las tundas, pegando duro en las posaderas de los gallos huídos.

El cronista no achaca á rebajamiento moral estas desazones de su pueblo. Sólo por elevadísimos ideales se dejan freir los hombres. Aquellas multitudes hicieron perfectamente en zafar el bulto, antes que dejarse moler las costillas por conseguir el medro burocrático de algunos privilegiados.

A Luis, con la rota, se le cayó el gozo en el pozo. ¿Para eso había perdido él

su tiempo y contrariado su buen gusto literario escribienbo día tras día editoriales ampulosos? ¿Para eso había sufrido el roce de seres tan degradados como don Rufo y otros perillanes de su ralea? ¿Para eso se había restado lectores y amigos del bando contrario? ¿Para eso, para perder un acta que merecía sobradamente por su inteligencia y su carácter?

Asendereado y mohino, lió los bártulos y tomó el tren de su pueblo, con objeto de pasarse allá una temporadita. Pero la mala le perseguía siempre. Ya en el carro, tropezó con el señor Portocarrero, quien iba también de viaje recreativo. D. Rufo, verdeado por la atrabilis que le devoraba los hígados, tenía aires de torero viejo. Estaba cetrino. Su rostro, más legañoso que de costumbre, parecía una aceituna podrida. A juzgar de la peste que despedía, el muy puerco no se lavaba desde que empezó el período electoral.

—¿Qué le ha parecido á Vd. nuestro desastre?—preguntó á Luis.

—¡Una nadería!—contestóle provocativamente el periodista, encogiéndose de hombros.

—¿Como una nadería?

—Sí, lo repito: una nadería, porque á mí se me dan hoy un rábano las cosas de la política.

—¡Conque ha claudicado Vd!

—Y debí haberlo hecho antes!

—¿Cuándo?

—Cuando Vd. me ofreció un acta de consejero á cambio de chanchullos y pesetas.

—¿Se ha vuelto Vd. loco?

—No: he vuelto á la razón.

—Entonces Vd. me insulta, ¿verdad?

—Sí, lo insulto, y estoy dispuesto á tirarle por el ventanillo.

D. Rufo, atemorizado, bajó la vista.

Luis le volvió la espalda y fué á sentarse lejos.

CAPITULO XI

En la casa paterna.—Filosofía rudimentaria de D. Joaquín.—Efectos de luna.—No todo es prosa.

LA CASITA paterna se alzaba poéticamente entre el mar y el bosque, limitada al Norte por un horizonte azul turquesa y al Sur por otro horizonte verde esmeralda. Con su techo flamante de tejas rojizas como bloques de rubí; con sus enredaderas y sus tiestos en que los corallillos semejaban gotas de sangre y las rosas reventaban sus apretados broches de rizosos pétalos, aquella rústica vivienda

parecía gentil gaviota que coqueteara al sol, mirándose en el terso cristal de las aguas.

Circuíala un simétrico naranjal, cuyos azahares, en la época de la florescencia, exhalaba delicado perfume de amor, perfume que incitaba al matrimonio, dando dentera á los pobrecitos solterones de ambos sexos, quienes, dicho sea de paso, son en la vida humana algo así como el áloe en la vida vegetal. Cuando las flores de los naranjos desaparecían, estallaba el sabroso fruto, pendiendo de las ramas como bolas de oro, matizando con sus tintes ambarinos el verdor obscuro de las hojas, chorreando, por las insignificantes roturas de la corteza, su jugo agridulce y picaresco.

Luis se animó bastante con la visita al hogar.

Charito y D. Joaquín le encontraron paliducho, desmejorado y enfermizo. Todos eran obsequios para el hijo pródigo. Le traían en palmitas.

Un día D. Joaquín se decidió á desahogarse con Luis.

—Mira, Luisillo,—le dijo con acento conmovido—yo seré muy bruto, pero te quiero mucho, y debes oirme. Tú no estás bien. La Habana no te sienta. Has cambiado hasta de carácter. ¡Si pareces más viejo que yo, muchacho! A tu madre y á mí se nos hace el seso agua pensando en todo eso. Temblamos por tu salud y por tu vida. Ya tu nombre ha salido bastante en letras de molde, y casi todos los papeles públicos han copiado tu fotografía. Hoy eres tan conocido como Cristóbal Colón. ¿Qué más deseas? Ahora cásate con una chica del pueblo y vente con nosotros para el campo á vivir tranquilo. Mis negocios marchan al pelo. La buena suerte me ha soplado durante los últimos años y tengo para ti un capitalito de veinte mil pesos, ganado con honra en el trabajo. ¡Ojalá no te hubieses ido nunca de nuestro rincón! ¡Cómo te echamos de menos, chiquillo! Noso-

tros en el hogar, viejos y solos. Tú en la capital, solo también, y triste, y medio malucho. Hay que arreglar eso, Luisillo, por el bien tuyo, por el de tu madre por el mío, por el de todos.

Luis, á quien disgustaba profundamente el campo, prometió á D. Joaquín, para no desconsolarle, que pronto le daría por la vena del gusto; pero, á decir verdad, nunca pensó enterrarse en su pueblo nativo. El trato de los rústicos le hastiaba soberanamente.

Así, pues, no teniendo con quién distraerse, buscaba el entretenimiento de la Naturaleza.

En sus memorias, dejó escrita esta página sobre los efectos de luna, porque la maldita costumbre de escribir no le abandonaba jamás:

«Si el sol es rico en oro, la luna es rica en plata; si él tiene colores, ella también los tiene. En los paisajes solares dominan los tonos chillones que alegran el ánimo; en los paisajes lunares, los tonos pá-

lidos y mústios que lo entristecen. Las manchas de sol parece que señalan en la tierra veneros de riqueza, y los claros de luna tumbas de cariños muertos. El sol es el poeta de las grandes venturas; la luna es la poetisa de las grandes desdichas.

«La luna, cuando baña un árbol secular lo envuelve en lujoso manto; cuando cae sobre los cañaverales, semeja una gasa de enormes dimensiones. En el césped brilla como lámina de metal, bruñida, rara y caprichosamente; en el río, también como metal, pero líquido y sonoro. Al burbujear de las aguas, rueda cual sarta de brillantes deshecha. Por los pinos baja como lluvia de dolores. Entre las ramas forma encajes de hojarasca resplandeciente. A las flores albas las barniza con brillante barniz, y el rocío centellea, con mágicas fulguraciones de iris, sobre la capa impalpablemente luminosa que se extiende por las níveas corolas.

«La luna concita á estados de alma sombríos y graves. Es la reina del claroscuro, la gran señora de las medias tintas, el hada de las soñaciones y las añoranzas. En lo interno y en lo externo, en las almas

y en las cosas, deja sentir siempre la influencia de su melancolía. Riela en el corazón como en los mares, y entran en el fondo de las penas como en el fondo de los abismos, llevando piadosas caricias á donde la sombra se enseñorea cual maligno y estéril yerbaje.

«La luna protege al amor, y lo mima y lo acaricia como á un niño de sonrosadas mejillas y bucles rubios. Por eso mozas y mozos la buscan como aliada de su felicidad. A la luz de la luna, los besos son mas sabrosos, las sensaciones más intensas, los desfallecimientos más hondos y los exabruptos menos bestiales. Lo que pierde la materia en medio de toda su materialidad, lo gana el espíritu, al parecer ausente en los raptos del instinto; y surge así el ideal de entre la carne como un cisne blanco de un lago rojo.»

CAPITULO XII

Una cacería.—Sombra y luz.—Esperando la pieza.—Muerte del venado.—El regreso. La poesía de la tarde.

IBAN de cacería. A las tres de la madrugada se armaron de punta en blanco, pusieron pie en el estribo y marcharon rumbo á las abruptas montañas pinareñas. No tardaron en llegar al bosque por donde habían de rendir la gran jornada. Era una noche de luna, fría y brillante como un espejo bien azogado. La selva murmuraba su profunda armonía, llena de suaves arpegios, de amables rumores, grave y pausada. Los

árboles se enmarañaban con hirsutez salvaje. El desgreñamiento de la selva tiene algo de sublime y algo de imponente. Las ramas, al entretejerse y retorcerse como si sufrieran un supremo espasmo de dolor ó placer, diríase que se quejan, que van á saltar en astillas punzantes. Aquí se ve un gajo amenazador que quiere cruzarle el rostro al caminante, de tremendo latigazo; allá se alza un tronco secular, cuyas raíces parecen horribles serpientes; acullá se extiende una fila de palos secos, lúgubres, espectrales que semejan fantasmas de la miseria y el hambre.

Todas estas visiones exaltaban la fantasía de Luis, inspirándole sueños raros, incoherentes, desordenados. De trecho en trecho, un claro de luna lucía como una mancha de plata sobre el verdor del césped. Dentro de la manigua intrincada había la misma frigidez que en una nevera. Las plantas chorreaban helado rocío. La savia, al correr por las

cortezas, embalsamaba el ambiente de aromas fuertes y sanas. Se sentía un olor delicioso de fecundidad, de tierra húmeda, de fuerza desbordante, de vida rústica, intensa y honda. Los perfumes de los pinos, de los romeros y las caobas se confundían para formar una sola esencia que embriagaba. Casi se oía el germinar de la flora, el estallar de las semillas, el romper de los capullos. Las palpitaciones de la gestación llegaban á ellos como una nota alta en aquella armonía profunda, llena de suaves arpegios, de amables rumores, grave y pausada, cuyo misterioso ritmo se prologaba hasta lo infinito, con la sonoridad de un canto de sirena.

La lividez de la luna fué dejando poco á poco el paso á los primeros arreboles del alba. La música del bosque se hizo más vibrante. En todas partes se escuchaba rodar de hojas, batir de alas, cantar de pájaros. Con los candenciosos trinos del ruiseñor se confundía el gárrulo piar de los gorriones. ¡Es que los Carusos de

la selva tienen también su coro! Febo disparó al fin sus flechas relucientes y asomó por entre las colinas su caraza rubicunda y alegre de astro sanguíneo y pletórico. Entonces la bruma que formaba la neblina, al envolverlo todo con su manto sutil y vaporoso, comenzó á rasgarse lentamente, desprendiendo girones brillantes, empolvoreados de oro por el sol, diafanizados por la claridad del día, matizados por los cambiantes policromos de la luz al descomponer sus colores.

Cuatro jinetes y cinco infantes cayeron á las ocho de la mañana sobre el cazadero, lugar situado en pleno monte, con ingencias dignas de ser moradas por águilas y cóndores. Había muchos venados por entre las bárbaras malezas. Los cazadores fuéronse colocando en los cruceros, rienda al hombro y rifle en mano. Cubiertas ya las postas, sonó el cuerno de caza y se soltó la jauría. Siete sabuesos rompieron en un concierto wagneriano que ponía los pelos de punta. Habían

encontrado el rastro y perseguían de cerca al venado. A veces se oía como el vagido de un rorro, luego como el rugido de una fiera, después una descarga cerrada de ladridos, en seguida se formaba el silencio y más tarde principiaba á sonar de nuevo la escala, por el vagido de un rorro. Retumbó una detonación. Las maniguas crujieron, los perros ladraron ferozmente y el venado pasó frente á Luis, bastante lejos, dejándose ver á medias por entre el alto yerbaje. Luis se echó el Winchester á la cara y le descerrajó tres tiros. El venado siguió como si tal cosa. En el próximo crucero le saludaron con cuatro disparos más, y el fuego se continuó así hasta caer la pieza, que encontraron entre la maleza, aprehendida por los perros cuyos dientes se aferraban á la pobre víctima, mientras ésta prorrumpía en amargas quejas contra su destino infame. Un montero le partió el corazón de horrible puñalada, y la sangre se desbordó en borbotones casi hu-

meantes, de bello rojo carmín, que los sabuesos chupaban con deleite canibalesco. Algunas gotas salpicaron la yerba, y, heridas por los rayos solares, brillaban como rubíes en campo de esmeralda.

Cuando se levantó el campamento, señalaban los relojes las cinco de la tarde. Tronó por segunda vez el cuerno de caza, y comenzóse la marcha de regreso por aquel camino espantoso, todos callados, mustios de la fatiga, abatidos bajo el peso del crepúsculo vespertino. Ahora el bosque parecía incendiado de misteriosas llamas. Tenía un aspecto de martirio, desolador y trágico. Convidaba al recogimiento místico. Si Luis fuera creyente, habría orado en aquel hermoso templo de la Naturaleza, por las almas de los muertos, el más ferviente avemaría. Como era escéptico, no pudo orar. Pero entonó con el sentimiento un himno secreto á la inmutable Belleza, á la obra colosal de la tierra, á los árboles, á las flores y á los pájaros. Le agobiaba en

medio de la selva umbría y melancólica, la nostalgia de la ciudad agitada. Por eso el himno secreto que entonaba á la inmutable Belleza, era de estrofas rojas como el color de la selva; era un himno que le salía del corazón, escrito con la sangre ardiente de la juventud. Al coronar una meseta, divisó el mar, un mar verdegay, borroso, que se movía inquietamente, como queriendo quitarse de encima las sombras que amenazaban envolverlo bajo su manto siniestro de negruras. ¿Aquel mar verdegay que brillaba con fulgores metálicos, á la luz vacilante y apagona del crepúsculo, sería la esperanza moribunda?

CAPITULO XIII

Reaparece Elena Cores.—Su belleza, sus sales y su elegancia.—Luis flechado.—Por ahí viene el amor...

EN REGRESANDO á la Habana, comprendió Luis que su cerebro necesitaba lastre de lecturas. La labor cotidiana del periodista político le había desmañado el estilo. Ahora notaba en su prosa cierta inconcisión y ciertos altibajos. La pluma se le fatigaba pronto y corría torpemente sobre las cuartillas. Para consagrarse de nuevo á los libros, tuvo que vencer con gran trabajo el decaimiento de su espíritu, cada vez más contrito y desorientado. La misantropía, el tedio de la vida,

el cansancio de la lucha le aflojaban los nervios. Pero como era voluntarioso de suyo, reanudó la interrumpida tarea de estudiar á conciencia, tarea asaz ruda cuando no hay fe que estimule y aliente.

Un jueves por la mañana, fué Luis como de costumbre, á la librería de Wilson, y se puso á escoger en los anaqueles obras de su agrado. Muy embebido estaba en la selección, cuando sintió que un abanico le golpeaba suavemente el hombro, y una voz le decía cerca:

—¡Qué estudioso ha amanecido hoy el señor Luis Marcial!

Al volver la cara el aludido, dió de narices con Elena Cores, quien le sonreía hechiceramente.

El periodista quedó anonadado por la emoción que le produjo la belleza de Elena. Ya porque desde hacía algunos meses no se dedicaba casi al amor, ó por lo brusco del encuentro, el caso fué que nunca se le figuró hembra alguna tan guapa y apetitosa como la que tenía delante.

En verdad, era Elena Cores una mujer irresistiblemente desiderable. Alba como los lirios, con el cabello negro y undoso, de ojos llameantes, robusta y garbosa, había venido al mundo para atizar la llama del deseo é inflamar la pasión en los humanos corazones.

Vestía elegantísimo traje veraniego: blancos eran sus zapatitos de cabritilla, blancas sus medias de olán calado, blanca su falda redonda de piqué, blanca su vaporosa blusa, blanco el sombrero de encajes que daba á su rostro peregrino el encanto de las niñas precoces, blanco su pañuelito de burato, blanco su abanico de marfil y blanca su sombrilla de seda.

Parecía una gardenia cuajada de rocío.

A través de los encajes se transparentaban la tersura y la dureza marmórea de sus carnes frescas y sonrosadas.

Marcábanse con insinuante picardía sus senos firmes y erectos, sus asentaderas redondas y rítmicas y sus caderas dúctiles y crujientes.

Olía á hembra, á baño, á lujuria quintaesenciada.

Venus le había dado su cuerpo augusto, Mesalina su sensualidad rugiente y la primavera todos sus afrodisiacos.

Para que no le faltase ningún hechizo, hablaba con dejo dengoso y acariciador, caminaba con andares muelles, blandos, semifelinos, y afectaba ingenuidad y candor enloquecedores.

Nunca fué la timidez cualidad predominante en Luis Marcial. Por eso, al salir de su primer asombro, descargó sobre Elena, como lluvia de fuego, una serie de atrevidos madrigales. Ella los recibió á pie firme, cubriéndose coquetamente la cara con el abanico, no por pudor, sino para enseñar á través del varillaje su boca empedrada de perlas y teñida de grana.

Desde que conoció á Luis en casa de Dª Adelaida, le había entrado el antojo de amarle, antojo que se multiplicó por el desvío del joven. Liviana y ladina que

era, habría salvado hábilmente, como en otras ocasiones, las fórmulas sociales, para satisfacer su capricho. Mas el retraimiento de Luis la contuvo largo tiempo, hasta llegar á creerse defraudada en sus ambiciones eróticas.

La liebre no se le escaparía segunda vez.

Estaba satisfecha y oronda de su triunfo.

Luis le regaló un lujoso volumen de versos franceses, pues que ella dominaba á maravillas este idioma exacto.

Luego le suplicó que le permitiera el honor de visitarla.

Elena aceptó relamiéndose de gusto.

—¿Cuándo podré ir á verla?—le preguntó Luis.

—Mañana, si Vd. quiere.

—¿A qué hora?

—A la que á Vd. más le agrade.

—Preferiría que faltase su esposo.

—No se preocupe por eso. Aunque esté, como si no estuviera. El recibe sus visitas y yo las mías. Vivimos con abso-

luta independencia. Los hombres no deben meterse en las cosas de las mujeres ni las mujeres en las cosas de los hombres.

Luis, algo confundido por tanta frescura, se despidió hasta el día siguiente.

En el camino hubo de observar que sus pies andaban más ligeros, que una fuerte alegría le cosquilleaba por dentro y que no se le quitaba del entrecejo la imagen turbadora de Elena Cores.

CAPITULO XIV

Elena se deja caer.—La cita.—Un triunfo de Venus.—¡Oh, la belleza!—Melancolía crepuscular.

A LA primera visita siguió la segunda, á ésta, otra, y así sucesivamente hasta que Luis llegó á ser el favorito de Elena.

El la estrechaba siempre, pero ella, para enardecerle más y más con negativas y desvíos, daba largo á las pretensiones del galán, aunque dispensándole, de raro en raro, tal cual favorcillo, como gota de agua que dejase caer en las ansiosas fauces del sediento. Sabía enloquecerle con una mirada y sujetarle con

un gesto. Aquella mujer conocía al dedillo los resortes de la pasión. Era femenina, admirablemente femenina. Hembra de pura raza, encubría con velo encantador de ternura sus feroces apetitos.

El señor Urquijo, esposo honorario de la gallarda Elena, pagaba resignadamente el tributo de astas que el amor impone á los viejos verdes. Ello no parecía importarle mayormente. Diríase que lo había descontado antes de contraer matrimonio.

Luis consiguió al fin que Elena le otorgase una cita para el martes próximo, á las dos de la tarde, en cierta misteriosa casucha de la calle Ancha del Norte. Escogió un martes, porque éstos le eran propicios, contra la general superstición.

Llegado que hubo el día apetecido, Luis voló á la cita. Hacía media hora que aguardaba á Elena. La alcoba que había elegido para el encuentro colgaba, como un nido de amor, á la Avenida del Golfo, recibiendo la luz y la frescura del

mar. Las olas cantaban y reían locamente á sus pies. Sobre el lecho se extendía una sobrecama de pétalos de rosa, y el suelo estaba alfombrado de distintas flores.

A las dos y cuarto llegó Elena, vestida otra vez de blanco para halagar el gusto de Luis, quien se pirraba, por este color en la indumentaria mujeril. El crujir de su fondo de seda fué lo primero en anunciarla. Luego apareció el ala del sombrero, y últimamente toda su arrogante persona.

Al entrar Elena, Luis la abrazó y besó con frenesí. Ella se despojó del *baby hat*. Ambos se sentaron juntitos cambiándose febriles caricias.

Pasados breves minutos, el periodista murmuró algunas palabras al oído de la dama.

La señora de Urquijo se puso de pie y se dirigió al espejo para desnudarse.

—Yo te quitaré las ropas,—declaró

Luis, trémulo y balbuciente, y empezó á desvestirla.

Salió la blusa, cayó la saya, desprendióse el fondo de tafetán, safóse el rameado corsé, soltóse la abundante cabellera sobre la ancha espalda, rodó la camisa como deshecho copo de espuma... y Elena quedó frente al peinador,

«blanca y desnuda como una estrella»,

luciendo todas sus curvas admirables, todas sus picantes redondeces, todo su garbo y todo su aquel, magníficamente hermosa y humana.

Luis la volvió de cara al mar y se alejó un poco para admirarla rendido. El sol que se filtraba por los cristales la envolvía en lujoso manto de luz. Elena enarcó el pecho, alzó la cabeza y clavó la vista en la superficie pulida y brillante del golfo. Venus vencía de los hombres y humillaba á la propia naturaleza.

Luis se le echó encima y la estrujó brutalmente, besándola en la boca, en la

nuca y en el cuello, mientras la oprimía entre sus brazos enérgicos.

Elena rió al principio con salvaje placer, luego fué desfalleciendo y suspirando, hasta que se desplomó casi privada sobre los sedosos pétalos que cubrían el lecho......

....

En la alcoba se notaba desde hacía rato la penumbra crepuscular. La hora del ocaso había llegado. El sol se hundía misteriosamente, como un mundo de fuego, en el oscuro cristal de las aguas. El horizonte llameaba cual inmensa fragua en la que se estuviera fundiendo la lámina plomiza del cielo. ¡Solemne y melancólico fin de un día en el reloj de los siglos!

La sirena de un vapor que dejaba el puerto sacó á los enamorados de su ensimismamiento.

—¡Ya es tarde!—murmuró Elena salteando de la cama.

El desorden de sus cabellos, la profun-

didad de su mirada, la palidez que tenía su rostro, las ojeras que ribeteaban sus ojos y la fatiga que se advertía en su voz ñoña, le prestaban mayores atractivos que antes de la cita, como si la huella del placer aguijara el deseo.

Vistióse en un santiamén, ayudada por Luis. Lista ya, rechazó á éste que pretendía detenerla. Después, arrepentida quizás de su aspereza, se le acercó nuevamente, le besó en los bigotes y le dijo sonriendo:

—Hasta mañana, en este mismo lugar, y á las dos en punto.

CAPITULO XV

En pleno lodazal.—Luis se enferma.—Su dolor y su tristeza.—La Habana de noche.

NUNCA es tan fácil conquistar el corazón de un hombre como cuando está débil, abandonado y solo. Así ocurrió que Luis se enamorase frenéticamente de Elena Cores. La pasión rabiosa del mancebo le arrastraba á toda clase de delirios. La imagen de Elena le perseguía por donde quiera. Comparábala con las fiores, con las piedras preciosas, con las estrellas, con las visiones de los bardos, con todo lo más bello; y siempre la sacaba triunfante de la com-

paración por elevada que ésta fuese. No podía pasarse sin la señora de sus pensamientos. Hubiera querido hacerla suya, únicamente suya, si no lo estorbara el señor Urquijo.

A su vez, Elena se prendó de Luis, en quien había encontrado al amante que no se sacia ni se aburre jamás.

Las citas se repetían sin solución de continuidad y se prolongaban infinitamente.

Aquellas relaciones degeneraron pronto en voluptuoso desenfreno.

No perdían ocasión de entregarse á los raptos violentos del instinto. Vivían consagrados al goce de la carne, como si una fiebre sexual los dominara por completo. Agotaron el repertorio del placer, sin desaprovechar ningún incentivo. Pasaban horas tras horas refocilándose á su sabor, hartándose el uno del otro, encenagados en la charca de la materia, ciegos y sordos por el estúpido embotamiento de los sentidos.

Un esguince, un mohín ó un arrumaco bastaba á enardecerlos hasta el paroxismo. Los excitaba el perfume más ligero, el roce más inocente, la frase más pueril. Al besarse, sus besos sonaban como chasquidos de látigo. Con los nervios siempre en tensión, irritados, vibrantes, padecían sacudimientos extraños en cuanto se veían. Cada vez se deseaban con mayor rabia. Así que pasaba la fatiga de los órganos, sentíanse poseídos de loco furor. La saciedad no existía para ellos.

Luis no tardó en hallarse flojo y desmayado. Ya no le era posible saciar, como al principio, los antojos de Elena, ni seguirla en sus liviandades. De cuanen cuando, le axaltaban insólitos decaimientos, vértigos y náuseas. Por no descubrir su debilidad; apencó á la menta, á la estricnina y á otros afrodisiacos, que le producían raros ardores.

Un día se levantó tosiendo mucho, febril y amodorrado. Hizo, sin embargo,

de tripas corazón, y fué á la acostumbrada cita. Elena le encontró soso y vacuo. El se guardó muy bien de confesarle su abatimiento físico.

Aquella noche esputó sangre.

Temblaba como un niño miedoso al pensar que iba á inutilizarse para la orgía. Acobardado ante la idea de disgustar á Elena, no pegó los ojos. Los esputos se sucedían con frecuencia, dejándole en la boca amargo sabor. A la luz vacilante de la vela, los analizaba lleno de pánico, y se estremecía al percibir pintas rojas, de un rojo negruzco, entre la saliva espesa y pastosa.

Elena llegó á convencerse de que Luis estaba enfermo de los pulmones, y le cobró invencible asco. Para zafarse de él, empezó por llegar tarde á las citas, y luego faltó, hasta que las hizo intermitentes, acabando por no volver más.

Luis, ora suplicante, ora amenazador, le pedía que las reanudase, en epístolas nunca contestadas.

Su mal crecía con rapidez vertiginosa. A las flaquezas del cuerpo se unían las congojas del alma, para atormentarle más fieramente. Estaba desesperado, á pique de pegarse un pistoletazo. Pero su espíritu recio y bravío no era favorable al suicidio, y se revelaba frente á tan inicuo pensamiento.

Como le atormentaba el insomnio, Luis se recogía al amanecer, pasando las noches á la intemperie, cuando no en cafés de turbulenta parroquia.

En tales sitios trabó conocimiento con empedernidos noctámbulos, que medraban á favor del juego ó á costa de sus mancebas.

Estos tipos formaban otra casta de guapetones, más plebeya que la de los espadachines, aunque también más efectiva y peligrosa. Usaban fuertes garrotes de yaya ó cocomacaco y portaban revólveres al cinto. Bebían coñac como si tuvieran alambiques en lugar de estómagos, y la echaban de tenorios irresistibles.

A Luis le siguió agobiando durante algún tiempo el desdén de Elena. Pero el acelerado avance de su enfermedad, acabó de sumirle en una especie de modorra, de desidia, de indiferencia. Así llegó á odiarla por descastada y miserable.

La primera emoptisis le sorprendió en la redacción de *El Triunfo.*

Arrojó tanta sangre que estuvo á punto de morir asfixiado.

Sus compañeros, que le amaban de veras, se consternaron piadosamente y convinieron en que debía consultarse con un médico eminente.

El mismo Luis escogió al Dr. Mercadal, amigo suyo á quien distinguía con especialidad.

CAPITULO XVI

El Dr. Mercadal.—Impresión dolorosa.—Luís está tísico.—A un sanatorio.—El pájaro en libertad.

EL DOCTOR Mercadal, un sabio de treinta años, no pudo disimular la sorpresa que le produjo el ver á Luis en tan mísero estado. Aunque vivía entre físicas miserias, el insigne galeno jamás logró despojarse de su buena alma ni dejó nunca de dolerse ante las desdichas humanas. Pero Luis debía de interesarle mucho más que ningún otro cliente. Ambos se hallaban unidos por una sólida amistad, que tuvo comienzo cuando el médico salió de las aulas universitarias y el

periodista empezó á notarse en las columnas de *El Triunfo.*

Luis estaba completamente cambiado. No era hoy ni débil trasunto del que había sido, en su edad de oro, moruno y atrayente galán. Esmirreado su cuerpo, apergaminada su t z, revueltos sus cabellos, hundidos sus ojos y descuidadas sus ropas, parecía un ex-hombre á quien inspirasen profunda indiferencia las cosas de este mundo ridículo y casquivano.

El Doctor Mercadal le sometió á detallado interrogatorio:

—Ante todo, ¿qué clase de existencia llevabas, querido Luis?

—¡Yo......!

—Sé franco. Tú habrás vivido entregado á lacrápula, al placer carnal, al amorde brutales queridas. Suma con ello el trasnochar, el beber algunas copitas, el cenar abundantemente, y tendremos un crecido número de causas en que fundar el origen de tu dolencia.

—Cierto, certísimo.

—No me extraña nada de eso. Si los hombres marchan mal, las mujeres trotan peor. De cada cien señoras que vienen á mi consulta, ochenta padecen de los órganos sexuales. Aparte las enfermas, ¡cuántas se me acercan á pedirme abortivos, tratamientos que maten su fecundidad, drogas que irriten sus partes más delicadas! Unas se quejan de la abstinencia á que las someten sus maridos; otras, que sienten invencible repugnancia hacia ellos, hablan con saña de la cópula. He visto muchas damas sifilíticas, atacadas de venéreo, hermosas por fuera y picadas interiormente, como ciertas manzanas. A mí todo eso me da asco, infinito asco, porque, si bien comprendo y admiro las bellezas de la carne, también me agobian sus lacerias, sus indecencias y sus iniquidades. Pero la humanidad es así: gusta de vivir podrida, cuando la salud está casi siempre en sus torpes manos.

—Te sobra razón.

—Ahora contéstame con cuidado.

—Sí, te contestaré fielmente.

—¿Esputas sangre?

—A ratos.

—¿Has tenido hemorragias por la boca?

—Varias veces.

—¿Sudas mucho por las noches?

—Mucho.

—¿Has perdido el apetito?

—Me alimento del aire.

El Doctor Mercadal percutió á Luis y le auscultó detenidamente. En los vértices de ambos pulmones tenía enormes cavernas. Volvió á percutirle y auscultarle. Padecía tuberculosis aguda, eso que el vulgo en su jerga llama *tísis galopante*. El abandono con que al principio tratara su peligrosa enfermedad había hecho que ésta progresase rápidamente, destrozándole el aparato respiratorio.

—Es preciso que te cuides—dijo el Doctor Mercadal, por decir algo.

—¿Cuidarme para qué?—le replicó Luis, quien había comprendido el desen-

canto del médico. Yo sé que esto es la tisis, y la tisis no se cura sino muy en sus albores. Evítame siquiera el padecer las majaderías de clínicos y enfermeras.

—Eso nunca—le replicó el Dr. Mercadal. Tú irás á un sanatorio. Aún falta analizarte los esputos, observarte prolijamente, poner en práctica mil medios de curación. La ciencia es archipoderosa en recursos. ¿De dónde has sacado que se mueren todos los tuberculosos y que estás perdido?

Luis entró en un sanatorio, como deseaba el Doctor Mercadal.

Repetidos análisis comprobaron la existencia de bacillus de Koch. Lejos de mejorar, empeoraba á ojos vistas. Aquella naturaleza rebelde se consumía en la sala de enfermos. Acostumbrado á la libertad, al vagabundeo periodístico, á la animada lucha de la vida, el pobre escritor languidecía mortalmente. La nostalgia del terruño le atormentaba de una

manera atroz. Sentía ansias de aspirar el aire puro de los campos, de pasarse horas enteras frente al mar, de cruzar los profundos valles y ascender las altas cimas, de elevar su espíritu en las noches estrelladas, de embriagarse con el aroma fuerte de los romeros y el perfume optimista de los azahares. ¿Sería que la tierra, madre benévola de todos los cuitados, le llamaba ya á su florido seno, engañándolo noblemente, con aquel sentimiento de vida que se le despertaba súbito en el herido pecho?

La morriña empezó á aplastarle. Decaía, decaía, como una luz que se extinguiera poco á poco.

Entonces el Doctor Mercadal, convencido de que Luis iba á morirse en el sanatorio, le libertó oportunamente, como á un pájaro que se le abre la jaula para que vaya á lanzar el último trino entre la selva amada.

CAPITULO XVII

Otra vez al terruño.—La hermosa campiña. Lúgubre desesperación.—Luís se rinde —¡Piedad para un vencido!

MENEÁNDOSE como busconas que fueran á caza de productivos negocios, los vagones volaban velozmente por los bruñidos carriles.

Luis, recostado con fatiga sobre un asiento del coche de primera, miraba por el ventanillo los paisajes maravillosos que se sucedían en la marcha vertiginosa del tren.

El día era casi gris. Una vaga sombra de tristeza lo empañaba todo: cañaverales, arboledas, montañas, llanos y coli-

nas. Aquí pacían en anchurosos potreros bueyes, rocines y mulas. Allá labraba, canturreando puntos criollos, algún tozudo campesino. Los bohíos, los postes telegráficos y las cercas de piedra parecían volar hacia atrás, en movimiento absurdo que, por ser violentísimo, encandilaba la vista del observador.

De vez en cuando, la locomotora disminuía su velocidad, y el convoy pasaba, con gran estrépito, por cima de puentes casi derrengados en gracias al uso. Dos ó tres minutos en cada estación, y corre que corre sobre la vía, como si lo persiguiese una tropa demoniaca.

El cerebro de Luis, despabilado por las campestres emociones, discurría amargamente.

¡Qué diferencia entre el viaje que hizo cuando se trasladó á la Habana y el que hacía ahora para volver al solar nativo!

Ayer iba á la urbe con el cuerpo sano, el alma llena de ilusiones, ganoso de placeres, de honores y de gloria. ¡Cuántos

castillos en el aire, cuántos sueños brillantes, cuántas esperanzas arrobadoras! En la ciudad le esperaban los teatros siempre abiertos, los bailes alegres, las mujeres guapas que sabían ponerse aún más lindas, todo un mundo para él nuevo, fantástico, admirable.

Hoy regresaba á su pueblucho con el cuerpo infestado, el alma cubierta de espesos nubarrones, ansioso de eterno descanso. ¡Cuántos recónditos pesares, cuántas negras decepciones, cuántas dolorosas amarguras! En el terruño le esperaban seguramente la cama del enfermo crónico, la tumba con su inmunda gusanera y el impenetrable arcano de la muerte.

No tardaría en fenecer, y, transcurrida media docena de años, el olvido le envolvería por toda una eternidad. Su recuerdo se iría esfumando, esfumando lentamente en la ajena memoria, hasta quedar borrado por completo. Los que le temían por su pluma virulenta, los que le amaban por su natural noblote, unos y otros

le echarían, más ó menos pronto, al vertedero de la indiferencia. No dejaba nada que perpetuase su nombre en la historia. ¿Para eso había sentido él como los poetas, pensado como los filósofos y sufrido como los mártires? Recordaba los tormentos de su corazón emotivo, sentimental y angustioso, que tanto le hicieran padecer en la descastada lucha de la vida. Nacer, soñar, morir, descomponerse, convertirse en polvo ruín... ¡qué desesperación tan lúgubre!

¿Cómo presentarse á los viejos, si los había engañado, ocultándoles la enfermedad que le consumía? ¡Pobre madre, pobre padre al ver llegar moribundo á su hijo, al único adorado del alma, al mirlo blanco del hogar! Así les pagaba él, con un disgusto tremendo, sus afanes, sus mimos, sus ternezas. Aturdido por la congoja, ocultaba la cabeza entre las flacas manos y éstas se empapaban de lágrimas ardientes. Hubiera querido no llegar, que el tren descarrilase, fallecer aplasta-

do en el cataclismo. Pero no tal. El convoy se aproximaba á X, y mientras más corría, más dilataba la angustia el pecho de Luis.

Notó que llevaba su revólver al cinto. Una idea trágica le sacudió bruscamente. ¡El problema estaba resuelto!... Después recapacitó! Aquello era una infamia. Si sus padres le habían de llorar muerto, que antes le besaran vivo. ¡Suicidarse nunca! Para evitar tentaciones, cogió el arma y la arrojó por el postiguillo.

La locomotora pitó fuertemente, el tren acortó la marcha, y se detuvo entrechocando sus carros.

Había llegado á X.

Luis, al poner el pie en tierra, sintió que le embargaba interna emoción, que se estremecía como un azogado, que le castañeteaban los dientes y que le temblaban las piernas. Distinguió la casita solariega á un tiro escaso de fusil. Echó á correr hacia ella, como si temiese morir antes de pisarla. Ya muy cerca, le falta-

ron las fuerzas, notóse acre sabor en el paladar y arrojó un buche de sangre. Creía no llegar nunca. Cada paso le costaba un esfuerzo enorme.

—¡Mamá! ¡Papá!—gritó al tocar la baranda del portal, comprendiendo que no podría subir los tres escalones del dintel.

Los infelices viejos, que acababan de sentarse á la mesa, oyeron aquel grito débil, grito de suprema angustia, grito agónico, grito desgarrador.

Aterrados, como si un fiero presentimiento los hubiera prevenido súbitamente, volaron al portal desde donde los llamaba Luis, y le encontraron sangrando á borbotones, sudoroso, espectral, casi muriéndose.

Los dos viejos, le confundieron en un mismo abrazo, mientras le preguntaban entre sollozos:

—¿Qué es esto, Luisillo; qué es esto?

—¡Que me he podrido allá en el pan-

tano!—contestó Luis, ahincando la frente rugosa en el materno seno, nido sin egoístas impurezas!

FIN.

Septiembre-Octubre de 1905.

ÍNDICE

Páginas


3 2044 048 084 313



